

MUNDO RURAL E INDUSTRIALIZACIÓN: LA ECONOMÍA DEL ALTO GÁLLEGO EN LOS AÑOS TREINTA

Jorge Laliena López*

RESUMEN.— En este artículo se analiza la estructura económica del territorio que actualmente se corresponde con la comarca del Alto Gállego en la primera mitad del siglo XX, haciendo especial hincapié en la década de 1930. Partiendo de la actividad económica previa a la llegada de las fábricas, se trata el proceso de industrialización que tuvo lugar en Sabiñánigo desde 1918 para acabar con las principales consecuencias económicas y sociales que este fenómeno supuso.

ABSTRACT.— This article analyzes the economic structure of the territory nowadays known as *Alto Gállego* in the first half of the 20th century, with special emphasis on the thirties. Starting from preindustrial economic activities, the study explains the type of industrial development in Sabiñánigo since 1918, and finishes with the main economic and social consequences these changes brought about.

* Licenciado en Historia y diplomado en Estudios Avanzados de Historia Contemporánea. jorgelaliena@hotmail.com

INTRODUCCIÓN¹*El territorio*

Lo que hoy conocemos como *Alto Gállego* no ha constituido ningún espacio político hasta el proceso de comarcalización del año 2002. En la época que aquí se trata, es decir, en la primera mitad del siglo XX, simplemente era el ala este del partido judicial de Jaca, aunque algunos municipios de la zona de la Guarguera que hoy forman parte del Ayuntamiento de Sabiñánigo estaban adscritos al distrito de Boltaña. Así pues, el sentido que puede tener estudiar este territorio por separado reside en el hecho de que desde principios del siglo XX comenzaba a adquirir importancia un núcleo de población que, debido a la implantación del ferrocarril y las industrias, estaba destinado a convertirse en cabecera comarcal al atraer a la mayoría de la población rural de su entorno. Naturalmente, se trata de Sabiñánigo.

Determinado el ámbito geográfico del estudio, hay que decir que este espacio contaba en 1930 con 30 municipios y un total de 13 650 habitantes.² La mayor parte de esta población continuaba siendo predominantemente rural, compuesta por pequeños e ínfimos propietarios en proceso de empobrecimiento, lo cual provocaría un éxodo masivo que por lo general convertiría a esta población rural autosuficiente en obreros asalariados. En cualquier caso, tampoco se puede considerar un territorio homogéneo, ya que había notables diferencias entre unas zonas y otras. Aunque no exista ninguna frontera clara ni definida entre las zonas a las que me referiré a continuación, sus distintas condiciones pueden explicar los diferentes comportamientos políticos durante los años republicanos.

Comenzando por el norte, la primera de las zonas es el valle de Tena, situado en un terreno muy montañoso con picos que sobrepasan los 3000 metros de altitud, aunque en los fondos del valle existen terrenos llanos. Pese a la adversidad climática y topográfica, desde la Alta Edad Media hasta la creación del Estado contemporáneo constituyó una unidad política dotada de entidad propia, dependiente directamente del rey y gobernada por vigorosas instituciones comunales (un consejo general y tres quañones) que

¹ El presente estudio forma parte del trabajo realizado gracias a la concesión de una Ayuda de Investigación del Instituto de Estudios Altoaragoneses en 2008-2009, y se engloba en el presentado para la obtención del diploma de Estudios Avanzados en la Universidad de Zaragoza en septiembre de 2010, titulado *Sabiñánigo y el Alto Gállego en la década de 1930*.

² Las cifras de población y los datos sobre la transformación de los municipios proceden de los censos publicados por el Instituto Nacional de Estadística, obtenidos a su vez del padrón municipal y los censos de población. Estas cifras se hacen públicas cada año con referencia al 1 de enero.

gestionaban aspectos tan relevantes de la economía tensina como las amplias zonas de pastos estivales.³ Se trata de un valle grande en extensión y abierto, con buenas posibilidades de salida al exterior, tanto hacia Francia como hacia el sur. La abundancia de precipitaciones y cursos hidráulicos hace innecesario el recurso a sistemas de riegos, salvo en algunos ejemplos de prados regados destinados a la producción de forraje. La vertebración hidrográfica está en torno al río Gállego, aunque sin olvidar la importancia de sus afluentes Caldares, Bolatica, Gorgol y Aguas Limpias. Por lo general el terreno no es muy apto para las actividades agrarias, aunque sí que existían cultivos tanto de algunos cereales como de legumbres y hortalizas, en ambos casos dirigidos al autoconsumo. Destaca, por el contrario, la gran cantidad de prados naturales en las zonas altas, utilizados como pastos de verano para las abundantes cabañas ganaderas, así como de bosques, que proporcionan mucha madera, en las faldas de la montaña.

Hacia 1930 el valle de Tena contaba con los municipios de Sallent de Gállego, Lanuza, Panticosa (incluidos los Baños de Panticosa), El Pueyo de Jaca, Hoz de Jaca, Tramacastilla de Tena, Piedrafita de Jaca, que englobaba Búbal, Polituara y Saqués, y Escarrrilla, al que también estaba adscrito Sandiniés. Todos estos municipios contaban al inicio de los años treinta con un total de 2452 habitantes de hecho, 2802 de derecho⁴ y 623 hogares. Como veremos más adelante, la mayor parte de esta población se dedicaba a pequeñas explotaciones agrícolas y ganaderas, aunque tenía una notable importancia la utilización de los puertos como pastos para ganados. También había adquirido cierta relevancia el turismo, especialmente el del balneario de Panticosa desde mediados del siglo XIX. En cuanto al comportamiento político, los resultados electorales del valle de Tena en los años republicanos estuvieron orientados hacia la derecha; concretamente, el Partido Radical de Alejandro Lerroux fue el más votado en las elecciones de 1931, el partido católico-agrario Acción Agraria Altoaragonesa en las de 1933 y el Frente Antirrevolucionario –CEDA en las de 1936. De todos modos, como analizaremos más adelante, el comportamiento electoral no fue algo homogéneo para todos los municipios del valle.

Al sur del valle de Tena nos encontramos con el municipio que a estas alturas todavía era el más grande de la comarca, Biescas, situado a ambos lados del Gállego y con buenas comunicaciones hacia el valle de Tena, el valle de Broto y Sobrarbe o,

³ GÓMEZ DE VALENZUELA, Manuel, *La vida cotidiana en el valle de Tena en los siglos XVI, XVII y XVIII*, Zaragoza, IberCaja, 1991.

⁴ Se entiende por *población de hecho* aquella que reside en la localidad en el momento de elaboración del censo, mientras que la de derecho es toda aquella que está censada en el municipio.

por el sur, hacia Sabiñánigo y Jaca. La villa de Biescas organizaba un territorio relativamente amplio en su entorno, ya que abastecía a los numerosos pueblos de los alrededores de los productos más necesarios, además de llevar a cabo las ferias ganaderas más destacadas de la zona. Hasta el afianzamiento de las industrias en Sabiñánigo era la localidad con mayor área de influencia en este territorio, pues una buena parte de su población se dedicaba a los trabajos artesanales, lo que ha hecho que sus habitantes sean comúnmente conocidos como *pelaires*, término referente al artesano que trabaja las pieles. Entre los habitantes de Biescas era común la combinación de este tipo de actividades con la agricultura y la ganadería, siendo esta última la de mayor importancia, puesto que la tierra no es demasiado apta para el cultivo del cereal. En 1930 Biescas contaba con 1370 habitantes de hecho, 1465 de derecho y un total de 300 hogares. El comportamiento político de esta población durante los años de la República estuvo claramente orientado hacia la izquierda.

El área de mayor influencia de Biescas se extendía desde pueblos vecinos como Escuer o Gavín a otros ya próximos al valle de Broto, como Yésero. Cabe destacar también el cercano valle de Sobremonte, que cuenta con tres pueblos, Aso, Yosa y Betés, los cuales formaban un único municipio. En la cumbre del valle están los pastos utilizados durante el verano para las cabañas trashumantes.

Sobre las faldas de la suave cumbre de Oturia se encuentra la subcomarca de Sobrepuerto,⁵ perteneciente al partido judicial de Boltaña. Algo más abajo se encuentra Ainielle, famoso por la novela de Julio Llamazares *La lluvia amarilla*, en la que se describe la angustia de los últimos habitantes de una aldea que se despuebla. Ainielle formaba parte del municipio de Barbenuta, en el que también entraban Berbusa y Espierre. El último de los municipios más directamente vinculados a Biescas es el de Oliván, del que formaban parte los lugares de Casbas de Jaca, Susín, Javierre del Obispo, Lárrede, Orós Alto y Orós Bajo.

Toda esta zona, sin incluir Biescas, tenía 1837 habitantes censados en 1930, cuando apenas había surtido efecto el éxodo rural descrito en la citada novela, especialmente intenso en zonas un tanto aisladas como los municipios de Barbenuta y Oliván. Para muchos de estos pueblos, la proximidad del frente durante la Guerra Civil y la evacuación forzosa de su población fue el golpe definitivo del que nunca se llegarían a recuperar.

⁵ Tradicionalmente se ha considerado Sobrepuerto a los pueblos de Basarán, Escartín, Cillas, Cortillas, Otal, Sasa y Bergua, aunque en algunos casos también se han incluido las localidades de Ainielle, Susín, Casbas de Jaca y Berbusa.

El territorio restante se corresponde aproximadamente con lo que se suele denominar *Serrablo*, topónimo medieval resucitado sobre los años setenta para designar una amplia zona que se extiende por las riberas de los ríos Guarga, Basa y Aurín, y por la del Gállego algunos kilómetros al norte y al sur de Sabiñánigo.⁶

A principios del siglo xx Sabiñánigo⁷ era solo uno de tantos pueblos de esta zona, pero constituía un cruce de caminos dada su proximidad a la ciudad de Jaca y su comunicación con Francia a través del valle de Tena. Con la llegada del ferrocarril en el año 1893 esta situación estratégica comenzó a actuar como motor de desarrollo, para lo cual también fueron fundamentales las grandes posibilidades de aprovechamiento del agua con fines energéticos, que suponían un costo de la energía menor que en cualquier otro lugar. Así pues, la implantación de las fábricas Energías e Industrias Aragonesas, S. A., en 1918, y Aluminio Español, S. A., en 1927, generó un gran efecto llamada para habitantes de la zona y de otras partes del Alto Aragón y de España, que se veían forzados a la emigración cuando las explotaciones agropecuarias de las que vivían eran incapaces de adaptarse a una moderna economía de mercado.⁸ Fiel reflejo de este proceso es la evolución de la población de Sabiñánigo, cuyo término municipal incluía Bailín, el naciente barrio de la Estación y el Puente de Sabiñánigo. De 264 habitantes censados en el año 1900 pasaría a 1345 en 1930, aunque la verdadera expansión tendría lugar en las tres décadas sucesivas. El carácter industrial de Sabiñánigo marcó su comportamiento electoral, claramente orientado a la izquierda durante los años republicanos.

A pocos kilómetros de Sabiñánigo se encontraban los municipios de Acumuer, que englobaba Asqués, Asún, Bolas e Isín; Larrés, que en esta década pasaría a formar parte del Ayuntamiento de Cartirana, al cual ya estaban adscritos Aurín y Borrés; Sardas, que incluía Allué, Isún de Basa, Latas, Puente de Sardas, Osán, San Román y Satué; Senegüé y Sorripas, del que también formaba parte Arguisal; y Yebra de Basa, que incluía San

⁶ PALLARUELO, Severino, *Geografía urbana de Sabiñánigo*, inédito, facilitado por el autor.

⁷ En 1972 el Ayuntamiento de Sabiñánigo celebró el bilingenario de la fundación de la ciudad, para la que se daba una fecha precisa, el 28 antes de nuestra era, cuando Calvinio Sabino fue enviado por César Augusto a pacificar el pirineo central, para lo que construyó una fortaleza a la que dio su nombre, *Sabinus*. La polémica en torno a la fecha surgió ya entre los conferenciantes presentes en la celebración. De todas formas, el nombre *Sabiñánigo* como tal no aparece hasta un documento falso del siglo x. Desde el xi figura en los documentos como una villa real de cierta relevancia en la escala local, vinculada al dominio de los monasterios próximos, como San Andrés de Fanlo y San Juan de la Peña. En todo caso, todas estas denominaciones solamente pueden afectar al viejo pueblo de Sabiñánigo, que habitualmente se suele llamar *Sabiñánigo Pueblo* o *Sabiñánigo Alto – San Feliciano*.

⁸ PALLARUELO, Severino, óp. cit.

Julián. Este conjunto de pueblos contaba en 1930 con 2142 habitantes censados, la mayoría de los cuales se dedicaban a pequeñas explotaciones agrícolas y ganaderas.

Siguiendo el curso del río Gállego hacia el sur nos encontramos con una serie de pueblos cuya población se ha mantenido algo más que en el resto del territorio. Aunque se aprecia un claro descenso en la década de 1930, en los años posteriores el éxodo no es tan drástico como en otros territorios. La zona a la que me refiero estaba constituida por los ayuntamientos de Orna, que englobaba Arto, Baranguá y Latrás; Latre; Aquilué, junto a Caldearenas y Estallo; Serué, del que formaban parte Excusa-guat y San Vicente; Javierrelatre; y, por último y más próximo a Jaca, Anzánigo, que englobaba Centenero, la central eléctrica y la estación de ferrocarril. El suelo de esta zona es algo más apto para la agricultura que muchos de los anteriores, lo que puede explicar la mayor permanencia de una población que en 1930 estaba en 1685 habitantes de derecho. El factor que más repercutiría en la parte oriental esta zona sería la proximidad del frente durante la Guerra Civil, pues una gran cantidad de personas se vieron obligadas a marchar, y muchas de ellas ya no volverían.

El valle del río Guarga constituye hoy en día uno de los territorios despoblados más extensos del Alto Aragón. En esta zona hay un buen número de pueblos, muchos de los cuales a principios del siglo xx pertenecían al partido judicial de Boltaña. El municipio de Jabarella (Abenilla, Arasilla, Atós, Fanlo, Hostal de Ipiés, Ipiés, Lanave, Lasieso, Layés y Lerés) era el más vinculado a la zona que nos ocupa y tenía 323 habitantes censados en 1930. Fuera del partido judicial de Jaca estaban los municipios de Laguarda, también llamado en algunos censos *Secorín*, y Gésera, aunque buena parte de ellos pasarían a formar parte del de Sabiñánigo en la reestructuración de municipios de los años setenta.

En definitiva, nos encontramos ante un territorio dividido en un gran número de municipios, por lo general de pequeñas dimensiones. En 1930 este territorio contaba con 13 650 habitantes, la mayor parte de los cuales eran pequeños campesinos en proceso de empobrecimiento, por lo que casi todos buscaron una salida que encontraron en las fábricas de Sabiñánigo, fundamentales para retener a la población en la zona y evitar un éxodo masivo hacia otras zonas como Cataluña o el extranjero.

El contexto

En la esfera económica, los años treinta están inmersos en la onda de recesión que se produjo tras el crac financiero de 1929. Sin embargo, la sociedad española en general

y la aragonesa en particular continuaban teniendo una base económica fuertemente rural, por lo que la economía española no estaba todavía muy articulada con el capitalismo internacional. Esto hizo que las consecuencias de la crisis no fueran tan acusadas como en otros países europeos, pero sí que influyó sobre los sectores vinculados al comercio exterior, como la agricultura de exportación y la siderurgia. Del mismo modo, produjo un retroceso de las inversiones extranjeras y dificultó la posibilidad de emigrar, una salida habitual entre el campesinado más empobrecido, por lo que el paro aumentaría todavía más. El bache más profundo se alcanzó entre 1931 y 1933, periodo que coincide con el bienio reformista y en el que el freno económico hizo que las tasas de paro alcanzasen índices preocupantes. La recuperación económica comenzaría a partir de 1934, de modo que al año siguiente se habían igualado los niveles de renta anteriores a la crisis. Para entonces los gobiernos del bienio radical-cedista tenían unas prioridades muy alejadas del espíritu reformista del de los dos primeros años republicanos.

Además de los efectos de la depresión, España tenía una serie de problemas económicos de carácter estructural que el nuevo régimen se dispuso a abordar con profundidad como nadie había hecho hasta entonces. Entre ellos cabe destacar una desigual distribución de la propiedad agraria, una tardía modernización industrial debida a la escasez de capitales dispuestos a invertir en el sector, y también unas condiciones laborales en absoluto equiparables a las de la mayoría de los países europeos en su momento.

Así pues, a la crisis económica se le superponía una grave crisis del Estado, que precipitó la caída de la monarquía y la instauración de la República, todo ello en unos años que advertían una aguda conflictividad sociolaboral.

En Aragón fueron igualmente años de recesión económica, tanto en el sector agrario como en el industrial, lo que afectaría a miles de trabajadores con el desempleo y provocaría importantes conflictos sociales. En este sentido, como afirma Luis Germán, “la crisis afecta en Aragón especialmente si afecta al sector agrario, ya que los otros sectores, industrial y mercantil, dependen en gran medida de aquel”.⁹

El marco que abarca este trabajo se sitúa a mitad de camino entre las dificultades de la década de los treinta y la bonanza económica de los años anteriores, pues la implantación de las industrias puede ser considerada una consecuencia de esta última.

⁹ GERMÁN ZUBERO, Luis, *Aragón en la II República: estructura económica y comportamiento político*, Zaragoza, IFC, 1984, p. 87.

Aunque durante estos años la zona que hoy conocemos como *Alto Gállego* continuaba siendo fundamentalmente agrícola, debe ser considerada una excepción dentro de la provincia de Huesca, ya que desde la instalación de las fábricas en Sabiñánigo se convertiría en un foco industrial aislado. Es por ello necesario examinar estas dos actividades económicas para poder comprender el cambio socioeconómico que supondría una implantación industrial en una zona rural. Se trata de dos actividades económicas que, en cierto modo, reflejan la tradición frente a la modernidad, o la permanencia frente al cambio. Pero, de todas formas, la irrupción de los grandes cambios que tuvieron lugar en la primera mitad del siglo XX supondrían un cambio radical en todo ello, pues, como veremos, el modelo todavía presente en el que el autoabastecimiento aún tenía un protagonismo destacado sería desbaratado en beneficio de la implantación de una economía de mercado.

LA ECONOMÍA RURAL TRADICIONAL

Una sociedad rural tradicional se corresponde, lógicamente, con una economía poco desarrollada, dirigida básicamente a garantizar la subsistencia y el autoabastecimiento.¹⁰ Esto sitúa la actividad agropecuaria como forma de vida mayoritaria y supone una escasa circulación del dinero, ya que los pocos excedentes agrícolas eran utilizados como moneda de cambio para conseguir aquellos productos que la comunidad campesina no era capaz de producir. Aunque existía una pequeña industria artesanal centrada en algunas localidades como Biescas, únicamente satisfacía la demanda local o comarcal.

Agricultura y ganadería

Como ya se ha dicho, en torno a los años veinte la agricultura era con mucha diferencia el sector mayoritario de la economía aragonesa (ocupaba todavía a un 52,6% de la población activa) y se encontraba muy por encima de la media española, que estaba en un 45,5%.¹¹ Pese a todo, el sector agrícola había sufrido importantes

¹⁰ GARCÉS ROMEO, José, *La sociedad tradicional serralesa a través de sus archivos parroquiales (finales del siglo XVI – mediados del siglo XX)*, Huesca, Museo Ángel Orensanz y Artes del Serrablo / Ayuntamiento de Sabiñánigo / IEA (“A Lazena de Yaya”, 8), 1997, p. 147.

¹¹ FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy, *Gente de orden: Aragón durante la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, t. 3: *La economía*, Zaragoza, IberCaja, 1997, pp. 51-52.

cambios a lo largo del siglo XIX, tanto por la introducción de nuevos cultivos como por el efecto de las reformas liberales.

A lo largo del ochocientos se fue configurando una nueva estructura de la propiedad como efecto fundamental de las desamortizaciones del periodo isabelino. Fue en estas décadas centrales del XIX cuando, en esta zona como en muchas otras de la provincia de Huesca, se consolidó la pequeña propiedad como consecuencia de la especialización agraria, que respondía a la necesidad de integración en un mercado nacional progresivamente articulado.¹²

Todo esto debe insertarse en el proceso de desarrollo del capitalismo hacia la formación del mercado y la internacionalización de la economía, lo cual cambiaría tanto los modos de producción como la estructura de la propiedad. Estos eran los objetivos fundamentales de las leyes desamortizadoras y de la legislación liberal en general. Así se fue configurando una estructura social de labradores y campesinos propietarios que habían conseguido transformar su dominio útil en dominio directo, completando lo que sería una transición del feudalismo al capitalismo.

En la zona aquí abarcada fue durante los años centrales de la centuria cuando se afirmó la pequeña e ínfima propiedad de la tierra como forma de vida mayoritaria, lo que se debe, como afirma Vicente Pinilla,¹³ a las subastas de la tierra desamortizada por medio de pequeñas parcelas, a las que acudían los campesinos en función de sus posibilidades, así como a los cambios de estatus de la tierra que anteriormente trabajaban como usufructuarios, dando lugar a la consolidación como propiedad privada de los patrimonios de las familias con títulos nobiliarios. Con todo esto se afianzaría en la zona del Alto Gállego una nueva estructura de la propiedad agraria en la que predominaban los pequeños y los ínfimos propietarios y eran escasos los jornaleros a tiempo total, lo cual se mantendría estable mientras la agricultura fuera la actividad económica mayoritaria, aunque no pocos pequeños propietarios combinaban el cultivo de su propia tierra con el trabajo asalariado en haciendas más poderosas.

¹² Una clara síntesis de este proceso centrada en la provincia de Huesca puede verse en FRÍAS, Carmen, y Pedro RÚJULA, "Propiedad de la tierra y relaciones sociales en el campo. Huesca durante la segunda mitad del XX", en Carmen Frías CORREDOR (coord.), *Tierra y campesinado: Huesca, siglos XI-XX*, Huesca, IEA, 1996, pp. 145-182.

¹³ PINILLA GONZÁLEZ, Vicente, *Entre la inercia y el cambio: el sector agrario aragonés, 1850-1935*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1995.

Así pues, a la altura de los años treinta solo se sumaban a los trabajadores de la tierra algunas profesiones artesanales, otras liberales y, naturalmente, el clero. Dentro del sector agrícola, en el partido judicial de Jaca únicamente el 14,9% de la tierra estaba controlada por los grandes propietarios, algo también condicionado por la imposibilidad de habilitar grandes extensiones de cultivo en toda el área pirenaica. De cualquier modo, no debe entenderse que la generalización de la pequeña propiedad sea un reparto igualitario; simplemente, el reparto de la riqueza es menos desigual que en otras zonas. Aun así, dentro del espacio del Alto Gállego existen importantes diferencias entre las distintas zonas, como puede verse en el mapa relativo a la propiedad de la tierra que puede verse en la página 357.

A través del estudio de los amillaramientos se puede realizar una aproximación a la estructura de la propiedad, como hemos tratado de hacer de forma más visible en los mapas. Siguiendo la clasificación de las cuotas contributivas utilizada tanto por Carmen Frías¹⁴ como por Luis Germán,¹⁵ los contribuyentes han sido agrupados de la siguiente manera: hasta 20 pesetas de contribución, ínfima propiedad; de 20 a 50 pesetas, pequeña propiedad; de 50 a 200 pesetas, mediana propiedad; más de 200 pesetas de contribución, gran propiedad. Como señala Edward Malefakis,¹⁶ hay que tener en cuenta que muchos ínfimos propietarios eran hortelanos con otras dedicaciones que solo poseían una parcela de huerta y que contribuían mínimamente por rústica, aunque no fueran agricultores; de esta cifra habría que descontar también los contribuyentes dedicados únicamente a actividades ganaderas. Del mismo modo, hay que destacar que muchos ínfimos y pequeños contribuyentes fueron asimismo jornaleros temporales en épocas de siembra y recolección.¹⁷

Comenzando por el norte, en el valle de Tena a principios del siglo XX¹⁸ había un total de 498 contribuyentes que pagaban 21 297,89 pesetas. De ellos, los más numerosos

¹⁴ FRÍAS CORREDOR, Carmen, *Liberalismo y republicanismo en el Alto Aragón: procesos electorales y comportamientos políticos (1875-1898)*, Huesca, Ayuntamiento ("Crónica"), 1992.

¹⁵ GERMÁN ZUBERO, Luis, óp. cit.

¹⁶ MALEFAKIS, Edward, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1972, pp. 119-163.

¹⁷ AZPIROZ PASCUAL, José María, *Poder político y conflictividad social en Huesca durante la II República*, Huesca, Ayuntamiento, 1993, p. 28.

¹⁸ Cifras del año 1899 que aparecen en los apéndices de la tesis doctoral de Carmen FRÍAS CORREDOR, *Liberalismo y republicanismo en el Alto Aragón*, cit., facilitadas por la autora.

eran los ínfimos propietarios, un total de 220 que pagaban 1632 pesetas, mientras que, en el extremo opuesto, entre tan solo 15 personas contribuían con 4890 pesetas, lo que puede suponer un reparto de la riqueza bastante desequilibrado o un alto grado de concentración de la propiedad en relación con las otras zonas. De todas formas, en este valle tenía una importante presencia la pequeña y mediana propiedad, que suponía un 53% del total, lo cual no quiere decir que en este caso no exista desequilibrio, pues, mientras que la media de dinero a pagar entre los pequeños propietarios era de 32,25 pesetas, entre los medianos era de 95,19. Aun con todo, esto era variable por municipios, ya que encontramos casos como el de Lanuza, donde una sola persona poseía el 30,60% del total, mientras que entre 41 contribuyentes tan solo contaban con un 9,48% (este es uno de los casos de la comarca en los que se ve mayor grado de concentración de la riqueza en muy pocas manos).

En el territorio que hemos delimitado como Tierra de Biescas se puede observar una concentración de la propiedad algo menor que en el caso anterior, puesto que, salvo en excepciones como Gavín, no hay apenas grandes propietarios. Es el caso de Biescas, donde nadie sobrepasa las 200 pesetas de contribución, pero, como decía anteriormente, de ningún modo esto significa que la propiedad de la tierra esté equilibrada, ya que entre 280 ínfimos propietarios pagan una cantidad muy próxima a la de los 15 medianos. También en esta zona se encuentran algunos de los casos más extremos de toda la provincia en los que el reparto de la riqueza es menos desigual, como Aso de Sobremonte o Barbenuta, debido a que en estas localidades el peso de los pequeños e ínfimos propietarios es abrumador.

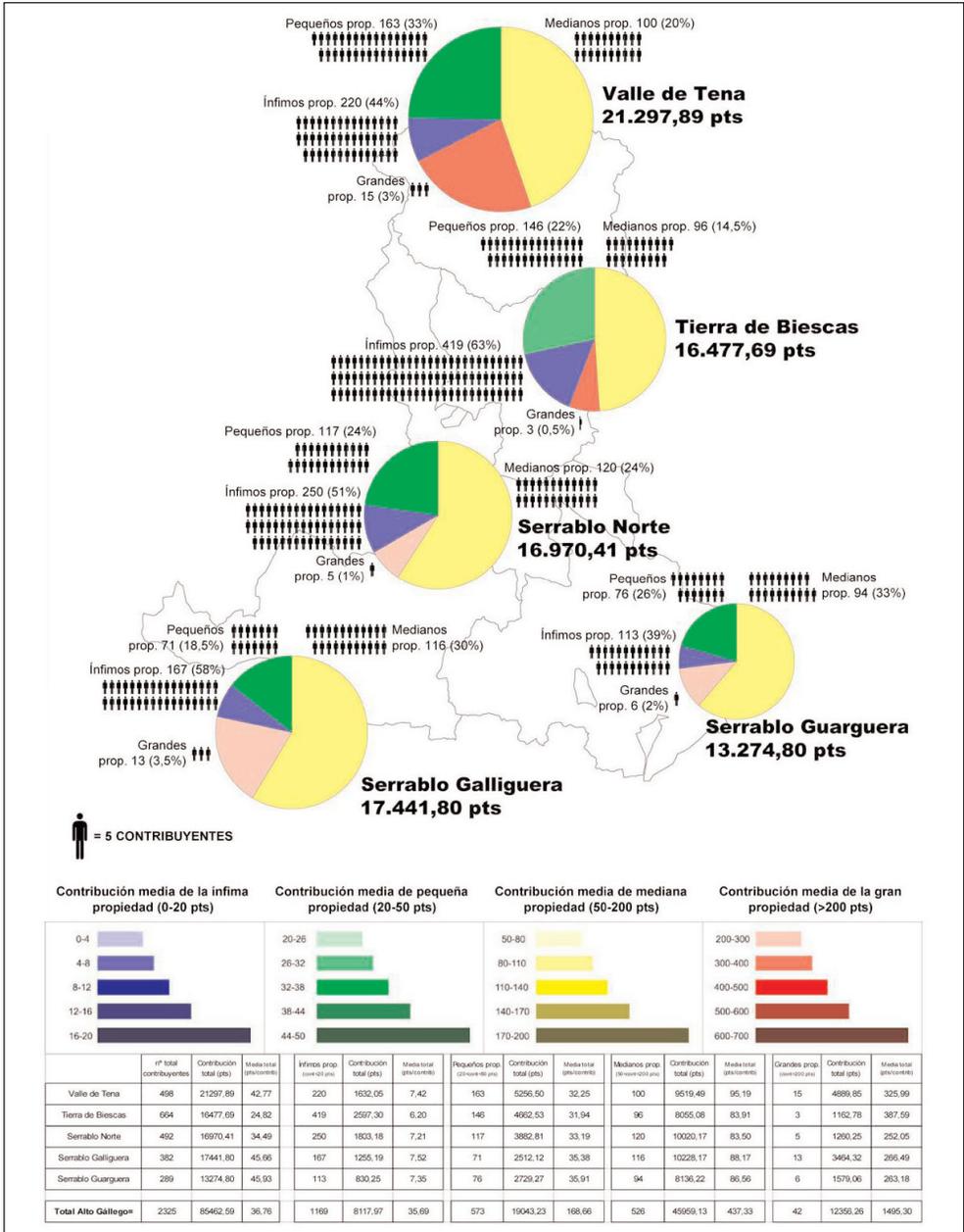
El entorno de Sabiñánigo es, evidentemente, el que más drásticamente cambiaría su configuración socioeconómica en el primer tercio del siglo xx. En el censo de 1899 solo eran cinco los contribuyentes considerables como grandes, dos de los cuales pagaban por Acumuer, uno en Larrés, otro en Sabiñánigo y el último en Sardas. La mayoría de la tierra estaba, por tanto, en manos de medianos propietarios, aunque los ínfimos seguían siendo el grupo más numeroso por número de contribuyentes con un total de 250, mientras que los pequeños eran 117, y los medianos, 120. Sin embargo, en el núcleo urbano de Sabiñánigo, que comenzaba a crecer vertiginosamente, a la altura de 1930 la contribución industrial ya era casi la mitad del total, de modo que la mayoría ya no eran propietarios o trabajadores de la tierra, puesto que habían pasado a ser personal obrero asalariado. El modelo del autoabastecimiento había terminado para estos, lo que progresivamente se iba a extender por toda la zona a lo largo de las siguientes décadas.

Aunque el terreno situado a la orilla del río Gállego al sur de Sabiñánigo es más apto para la agricultura que las zonas montañosas del norte, la estructura de la propiedad se mantiene de forma bastante similar. La mayor parte de la riqueza está en manos de medianos propietarios y en la mayoría de los municipios se observa un sector de la población desfavorecido que, a juzgar por la contribución pagada, puede llegar a tener problemas para garantizar la supervivencia familiar, o bien se trata de propietarios que únicamente poseían un trocito de huerta, y por tanto contribuían mínimamente por rústica. Es el caso de Orna, donde la media de contribución de los ínfimos propietarios (un total de 28) es de 5,86 pesetas anuales, mientras que en el mismo pueblo el único gran propietario paga 313,18 pesetas. Otros casos de esta zona con desequilibrios similares eran Anzánigo, Aquilué y Serué.

También en los pueblos de la ribera del Guarga la mayor parte de la contribución era la pagada por los medianos propietarios. De hecho, en el municipio de Gésera se puede observar un reparto de la riqueza no demasiado desigual si tenemos en cuenta que el 75% de los contribuyentes poseen el 82% de la riqueza y solo hay dos grandes propietarios, que apenas llegan al 11,40% del total de la contribución. En el extremo opuesto, únicamente hay cinco contribuyentes en una situación de pobreza absoluta, puesto que entre ellos solo aportan un 0,46% de la contribución total. En Secorún, sin embargo, el desequilibrio es mucho mayor, ya que son 85 los ínfimos propietarios, que contribuyen con solo 630,65 pesetas. Es decir, entre casi la mitad de la población total no llegan a tener ni un 10% de la riqueza del municipio.

En todo este territorio, la mayor parte del terreno cultivado a principios del siglo XX se destinaba al cereal, ya que los cultivos que no podían incrementar la productividad fueron eliminados, como fue el caso del viñedo. Por lo tanto, los únicos excedentes con los que los campesinos podían obtener otros productos eran los del cereal, y especialmente el trigo, aunque tampoco eran demasiado relevantes, puesto que en buena medida se utilizaban para el consumo propio de pan. De este modo, las zonas menos aptas para este tipo de cultivos se centraban en la ganadería. Junto al trigo, la cebada, las judías, el ganado (fundamentalmente ovino) y el cáñamo (utilizado para fabricar telas) constituían el grueso de la producción. A estos se les unían otros cereales destinados fundamentalmente al consumo animal, como la esprilla o el hordio,¹⁹ y, por supuesto, numerosos huertos con los que contaban la mayoría de las familias, cuya producción se dirigía al consumo propio.

¹⁹ GARCÉS ROMEO, José, *óp. cit.*, p. 154.



Estructura de la propiedad de la tierra según la contribución rústica por municipio. Alto Gállego, 1900. (Fuente: FRÍAS CORREDOR, Carmen, Liberalismo y republicanismo en el Alto Aragón, t. II)

El hecho de que en esta zona la estructura de la propiedad tuviera tales características hizo que la reforma agraria del primer bienio republicano no afectara demasiado. Para ello también tuvo un papel fundamental el comportamiento del Gobierno provincial, dirigido por un Partido Radical altoaragonés cuyas pretensiones pasaban por que la reforma se llevara a cabo muy lentamente, a lo largo de varias generaciones, planteamiento que coincidía con los proyectos de los *agrarios*, cuyos deseos y reivindicaciones se pueden observar en el periódico *La Tierra* de Huesca. Los radicales se mostraron muy prudentes en este sentido, por lo que fueron comunes declaraciones en las que se daba a entender que en Aragón no existía una situación, como en otras regiones de España, que obligase a intervenir con urgencia a los poderes públicos. De este modo, el viraje experimentado por los radicales hacia posturas pragmáticas tendía a no alterar sustancialmente la estructura del agro, que para ellos necesitaba menos del intervencionismo estatal y más de la libre concurrencia de intereses particulares. Con todo esto, y pese a las críticas de la izquierda, la reforma agraria en Huesca fue más nominal que otra cosa, las juntas provinciales se constituyeron tarde y el eclecticismo de quienes las componían resultó asombroso. De hecho, la junta de esta provincia se constituyó en junio de 1933 y estaba formada mayoritariamente por miembros de la gran propiedad, los cuales no estaban dispuestos a hacer concesión alguna en el asunto de los traspasos de propiedad. De este modo, durante el primer bienio la presión para modificar la estructura de la propiedad fue mínima; en alguna ocasión los republicanos progresistas recordaban las miserias de miles de jornaleros andaluces, pero en el Alto Aragón los atisbos de ocupaciones de tierra se reprimieron sin paliativos.²⁰

Otro aspecto que para muchos campesinos fue un problema constante desde mediados del siglo XIX y que adquirió una importante dimensión política durante la II República fue el intento de recuperación de los bienes comunales que habían sido expropiados y puestos en venta a partir de 1859. Como afirma Alberto Sabio,

las tierras comunales aseguraban un beneficio mínimo, que no igualitario, a todos los vecinos de la comunidad rural; en concreto, para jornaleros y campesinos pobres eran un bien insustituible que a través de distintas prácticas garantizaba la subsistencia. En este sentido, no podemos olvidarnos del proceso de privatización e individualización del uso de los montes y sus repercusiones sobre las distintas economías domésticas.²¹

²⁰ AZPIROZ PASCUAL, José María, *óp. cit.*, pp. 135-138.

²¹ SABIO ALCUTÉN, Alberto, *Los montes públicos en Huesca (1859-1930): el bosque no se improvisa*, Huesca, IEA ("Colección de Estudios Altoaragoneses", 43), 1997, p. 24.

De hecho, los intentos de recuperación de los bienes comunales fueron una constante desde 1860, ya que la imposibilidad de realizar prácticas como la caza o la tala de árboles para leña hacía peligrar en muchos casos la propia supervivencia de los campesinos, lo que acabó generando diferentes formas de violencia,²² como la derivada del uso ilegal de los mismos. Todo esto cambiaría en la II República cuando los programas agrarios socialistas y anarquistas asumieran dichas reivindicaciones, lo que les proporcionaría no pocos apoyos desde el mundo campesino, especialmente en aquellos lugares donde el reparto de la riqueza era más desigual.

En este sentido, como señala Pilar Maluenda,

la Segunda República abrió las puertas a las reivindicaciones de la clase trabajadora, y esta, aprovechando un régimen de libertad desconocido hasta entonces, plasmó por medio de movilizaciones e invasiones de fincas sus tradicionales peticiones en relación con la propiedad de los bienes comunales. Pero lo que no entendió es que el nuevo régimen era democrático en lo político, pero seguía siendo liberal y capitalista en lo económico y lo jurídico y, por tanto, iba a seguir persiguiendo los delitos contra la propiedad.²³

De cualquier modo, el análisis pormenorizado de la conflictividad social en relación con los bienes comunales en el Alto Gállego durante este periodo requeriría una investigación más profunda que queda fuera del alcance de este trabajo.

La ganadería era otra forma de explotación agraria bastante común en buena parte de los municipios de esta comarca, especialmente en aquellos situados a mayor altitud y que contaban con grandes pastos para albergar las cabañas ganaderas. Todo esto debe enmarcarse necesariamente en el proceso de especialización agropecuaria que tiene lugar en el siglo XIX, puesto que responde al proceso de implantación del capitalismo en el medio rural, aunque en esta zona la especialización ganadera sería solo parcial, puesto que compartiría la supremacía con la cerealista. La primacía ganadera en zonas como el valle de Tena, o el hecho de que esta tuviera una dimensión

²² Sobre diferentes casos de este tipo de violencia puede consultarse SABIO ALCUTÉN, Alberto, "Protestas, delitos forestales e incendios en los montes del Pirineo Aragonés", en *Homenaje a don Antonio Durán Gudiol*, Huesca, IEA, 1995, pp. 713-730.

²³ MALUENDA PONS, Pilar, "Propiedad de la tierra y orden social en Huesca. Una aproximación a la conflictividad rural durante el primer tercio del siglo XX", en FRIAS CORREDOR, Carmen (coord.), *Tierra y campesinado*, cit., p. 233.

considerable, sería fundamental para que muchas de las comunidades campesinas no salieran demasiado mal paradas de la crisis agraria finisecular, ya que esta supuso una devaluación de los precios del cereal debido a la llegada de producto exterior a bajo precio, por lo cual las zonas que habían derivado hacia una primacía ganadera se resintieron en menor medida de la crisis.

El estudio de la propiedad ganadera a través de los censos puede resultar un tanto engañoso, ya que, aunque son muchos los ínfimos contribuyentes pecuarios, para muchos de ellos el ganado era simplemente un complemento dentro de las economías familiares destinado al autoconsumo, como podía ser la posesión de una vaca para consumo propio de leche o de un burro como medio de transporte de materiales.

La proporción de propiedad ganadera era mayor en los municipios que contaban con grandes pastos y donde el terreno era menos apto para el cereal. En el caso de Sallent la contribución pecuaria supera incluso a la rústica, aunque dentro de esta última también está incluida la posesión de pastos, y por lo tanto la proporción real sería todavía mayor. También se pueden observar grandes dimensiones de la actividad ganadera en otros lugares con amplias extensiones de pasto, como es el caso de Aso de Sobremonte, Acumuer, Hoz de Jaca o Barbenuta, municipios que, por otra parte, contaban con un terreno muy escarpado que complicaba los aprovechamientos agrícolas extensivos. En el resto de los municipios, donde la especialización ganadera era mucho menor, la media de contribución pecuaria sobre el total se sitúa en algo más de una cuarta parte del total.

El ganado ovino fue el más extendido en estas tierras, aunque también existía una presencia importante de vacuno en algunos pueblos. En ambos casos, los excedentes animales eran un complemento indispensable para muchas familias, pues además de la carne aportaban lácteos, lanas y pieles. También era común la presencia de algún cerdo en cada casa, así como aves de corral y otros pequeños animales destinados al consumo propio. Por último, hay que destacar la imprescindible presencia del ganado de tiro y transporte, fundamental como fuerza de trabajo. Los animales más aptos y seguros eran los bueyes, pero los elevados costes de su manutención hicieron que la fuerza más habitual fueran los mulos, muy aptos para terrenos escarpados. También los burros eran muy comunes, aunque su uso se centraba en otro tipo de trabajo, como pequeños transportes. Dado su alto precio, los caballos eran muy poco comunes en la mayoría de las casas.

Artesanía y comercio

La mayor parte de las actividades enmarcables dentro de la artesanía y el comercio pueden ser entendidas como parte de la economía rural tradicional, ya que la primera de ellas estaba destinada únicamente a satisfacer la demanda local y la segunda tenía unas dimensiones bastante reducidas, y ambas venían practicándose del mismo modo desde hacía siglos.

En este sentido, el peso de la industria artesanal tradicional es casi irrelevante para la economía, aunque no para la necesidad que tenían los campesinos de diversos productos, especialmente los relacionados con el textil, la herrería, los molinos y la construcción.²⁴ Respecto al textil, las materias primas más utilizadas eran la lana, el cáñamo y el lino, de las cuales se abastecía cada familia, e incluso era en la propia casa donde habitualmente se elaboraban las prendas de vestir, salvo algunas ocasiones en las que era necesario acudir al tejedor o al batanero, cuando había uno de estos en el entorno más cercano. Según José Garcés, había telares en Gésera, San Julián de Basa, Yebra de Basa, Latre, Javierrelatre, Acumuer, Larrés, Senegüé y, sobre todo, Biescas. También en dicha localidad, caracterizada por la presencia de este tipo de oficios, había varios batanes, que también podían encontrarse en el Puente de Sabiñánigo, Larrés y Javierrelatre. Las actividades de herrerías y molinos eran totalmente dependientes de la agricultura, ya que la labor fundamental de las primeras era suministrar los aperos y otros útiles para las faenas del campo, mientras que los molinos trituraban el cereal. Todavía después del final de la Guerra Civil había en la comarca más de veinte herreros que se desplazaban por las herrerías de los pueblos, presentes en casi todos ellos. En cuanto a los molinos, aunque no los había en todas las localidades, sí en muchas, como Biescas, Acumuer, Senegüé, Larrés, Yebra, Allué, Ainielle, Javierrelatre, Nocito, Cañardo, Villobas, Escartín, Sabiñánigo – El Puente, etcétera.²⁵

Junto a estos existían otros artesanos-comerciantes que funcionaban de manera itinerante tratando de vender sus productos por los distintos núcleos rurales del entorno. Cabe destacar que muchos de ellos todavía cobraban en especie bien entrado el siglo XX, ya que en las zonas más aisladas la circulación del dinero era bastante poco

²⁴ GARCÉS ROMEO, José, *óp. cit.*, p. 166.

²⁵ *Ibidem*, p. 167.

frecuente. A estos habría que añadir otras profesiones solo localizables en los núcleos más grandes, como médicos, boticarios, veterinarios en algunos casos, notarios y, por supuesto, maestros. Las escasas posibilidades económicas hacían que muchos de estos tuvieran que compaginar el oficio con otras tareas de tipo agrario para poder asegurar su propia subsistencia. Dentro de este tipo de actividades especializadas particulares de un pueblo o de una pequeña zona podríamos incluir muchos casos más, como por ejemplo la producción de velas en San Vicente o de carbón en Berbusa.

Hasta bien entrado el siglo xx, para muchas comunidades campesinas el único comercio existente era el de los artesanos itinerantes anteriormente citados, aunque en algunos pueblos existían pequeños comercios permanentes, y también ferias periódicas en localidades de mayores dimensiones como podía ser Biescas. Estas desempeñaban un papel crucial no solo en el sentido económico, sino también en lo referente a las relaciones sociales entre los habitantes del entorno más próximo, papel que en una escala mayor puede otorgarse igualmente a Jaca o incluso a Huesca. A todo esto habría que sumar la presencia de arrieros procedentes de tierra baja que comerciaban con productos como aceite, vino, sal o cerámica para después marchar cargados con productos de la montaña. Del mismo modo, hay que destacar las migraciones temporales a Francia, que también suponían intercambios comerciales, o la presencia de contrabandistas que cruzaban las fronteras con diferentes productos.

En cualquier caso, las relaciones comerciales se intensificarían drásticamente a partir de la llegada del ferrocarril a Sabiñánigo en 1893, ya que desde entonces, como veremos a continuación, fueron surgiendo numerosos comercios de todo tipo en la localidad, muchos de ellos destinados a los turistas que llegaban a la estación de tren para dirigirse hacia el balneario de Panticosa. En el resto de la comarca también se materializaron diferentes iniciativas empresariales, lo que igualmente responde al proceso de especialización que parte del siglo xix. Una de ellas fue la industria lechera La Tensina, de Baltasar García, en Biescas, que cambió el destino de los abundantes pastos, antes dedicados al ganado mular y luego a la producción de leche, que era recogida a diario en una camioneta por todo el valle. La producción, de 1500 litros diarios de leche esterilizada al inicio, en 1924, aumentaría notablemente en los años siguientes.²⁶ También en el valle de Tena sabemos de la existencia de una explotación minera en

²⁶ FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy, *óp. cit.*, p. 84.

Sallent de Gállego en torno a los años veinte en la que la empresa Industrial del Pirineo Central, S. A., de Madrid, extraía espato flúor.

De todas formas, donde más proliferaron los comercios fue en Sabiñánigo, o, como se solía decir entonces, en “el barrio de la Estación”, que, según Óscar Latas, en torno a 1910 ya contaba con una docena de establecimientos en los que se vendían productos de todo tipo, actividad que crecería notablemente en las décadas siguientes, como veremos a continuación.

Hay que destacar también la presencia de la banca en este territorio a partir de los años veinte como consecuencia de una mayor complejidad económica, aunque solo hubiera un banco presente en este territorio durante esos años. Era el Banco Aragonés de Seguros y Crédito, fundado en Zaragoza en 1907 y conocido como *Banco Aragonés de Crédito* desde 1925, ya que a partir de entonces trabajaría fundamentalmente en el sector mercantil, lo que le supondría una gran expansión. Producto de esta fue la instalación de sucursales en las localidades de Biescas y Sabiñánigo en la segunda mitad de la década de 1920.²⁷

Como hemos visto hasta ahora, el sector agrario, pese a que representa más que cualquier otra cosa el mundo tradicional, no es tan inmóvil como aparenta, ya que progresivamente se fue adaptando a las transformaciones estructurales que le imponían los nuevos tiempos. Sin embargo, los cambios que estaban por llegar iban a suponer una ruptura mucho más drástica con los modos de vida tradicionales.

EL INICIO DE LOS CAMBIOS: EL FERROCARRIL

Como sucede en muchas ocasiones, un fenómeno concreto provoca otros a su vez, creando un efecto dominó con consecuencias de largo alcance que probablemente nadie había pensado en su momento. En este sentido, la evolución histórica de este territorio habría sido bien diferente si en 1893 no se hubiera instalado una estación de ferrocarril a unos dos kilómetros de lo que entonces era Sabiñánigo y que hoy en día conocemos como *Sabiñánigo Pueblo*, ya que este fue el punto de partida para la implantación de la fábrica Energías e Industrias Aragonesas en su actual emplazamiento, y esta, a su vez, favorecería pocos años después la llegada de Alumnio Español. Solo a

²⁷ Ibidem, pp. 293-294.

partir de entonces nacería una población de carácter industrial como es Sabiñánigo, cambiando de este modo toda la configuración socioeconómica de su entorno.

Sea como fuere, lo cierto es que los proyectos acerca de la línea ferroviaria que debía llegar hasta Jaca comenzaron a plantearse a mediados del siglo XIX. Tras un largo proceso de negociaciones, en 1882 se adjudicó la obra a la Sociedad Anónima Aragonesa, aunque finalmente sería la Compañía de Ferrocarriles del Norte la que emprendiera su construcción en 1888. Entre los numerosos debates presentes durante las obras estaba la posibilidad de que el tren pasara o no por Sabiñánigo, para lo que influyó decisivamente el hecho de que desde allí partían los autobuses hacia el balneario de Panticosa. Otro factor importante que debía decidirse era el emplazamiento concreto que la estación había de tener, ya que los principales propietarios tanto de Sabiñánigo como de Cartirana o Aurín tenían diferentes intereses en ello, por lo que se optó por un punto intermedio, que fue su ubicación actual, aunque las oficinas se instalaron en Cartirana debido a su fácil acceso.²⁸

El 6 de julio de 1882 se concedió la estación a Sabiñánigo por orden del Ministerio de Fomento, aunque sería el 8 de febrero de 1893 cuando llegara la primera locomotora, y todavía tres meses después cuando se inaugurara la línea hasta Jaca. Era el 31 de mayo de 1893. En aquel momento el viaje de Huesca a Sabiñánigo costaba aproximadamente tres horas, lo que entonces era una ruptura radical respecto al pasado, cuando se requería una jornada completa para realizar el mismo viaje mediante transporte animal.

En torno a la estación de ferrocarril se fueron creando una serie de infraestructuras como las destinadas a alojamiento y restaurantes, construidas en 1903 por la Compañía Ferrocarriles del Norte de España, donde tendrían lugar los acontecimientos relativos a las inauguraciones de la línea ferroviaria o incluso conmemoraciones del final de la I Guerra Mundial.

En palabras de Eloy Fernández Clemente, “la apoteosis del Canfranc” llegaría a partir de 1928, cuando todo el partido judicial de Jaca vivía con auténtica expectación la marcha de los acontecimientos. Aunque los trabajos se retrasaron, el mismo 1928 se

²⁸ El proceso de llegada del ferrocarril a Sabiñánigo se puede seguir en LATAS ALEGRE, Óscar, *Los orígenes de Sabiñánigo (1893-1932)*, Huesca, Museo Ángel Orensanz y Artes del Serrablo / Ayuntamiento de Sabiñánigo / IEA (“A Lazena de Yaya”, 5), 1996, pp. 50-56. Más detalladamente, en PARRA DE MAS, Santiago, *El ferrocarril de Canfranc y los transpirenaicos*, Madrid, Aldaba, 1988.

acabó de construir la amplísima estación, la mayor de Europa en su tiempo (246 metros de longitud, 13,70 de anchura y 56 puertas), y toda una larga serie de servicios, muchos de los cuales todavía no estaban disponibles.²⁹

Finalmente, la inauguración llegó el 18 de julio de 1928, fecha en la que pasaron por Sabiñánigo el rey Alfonso XIII y el entonces dictador Miguel Primo de Rivera, quienes, en presencia del presidente de la República Francesa Gaston Doumergue, trataron de justificar la dictadura en el discurso de apertura de la estación, lo que suscitó no pocas críticas en algunos sectores sociales e intelectuales, entre los que destacó Miguel de Unamuno.

En cuanto a las consecuencias económicas del Canfranc, muchos habitantes de la zona lo vieron con mucho recelo porque entendían que en vez de beneficiarles les perjudicaba, puesto que Jaca perdería turistas, que irían a Francia, y, sobre todo, los productos franceses invadirían los mercados internos. Pero los datos son bastante claros: desde mediados de 1928 hasta finales de 1929 se cuentan poco más de cien mil viajeros (105 388, muchos de los cuales no llegan a cruzar la frontera; dentro de estos, 22 308 en Sabiñánigo, 8062 en Orna y 4215 en Caldearenas), y el tráfico de mercancías es inapreciable (apenas se exportaron 2229 toneladas, aunque se importaron 27 882). Los principales productos importados eran carbón, hierro, aluminio, bicicletas, maquinaria, madera, ganado mular, materiales de construcción, patatas, productos químicos, semillas, superfosfato de cal, vidrio, loza y criolita. En cuanto a la exportación, destacan el vino común, el aluminio en lingotes, la harina de trigo y el clorato de sosa.³⁰

Así las cosas, y tras los primeros datos estadísticos, los resultados fueron mucho peores de lo esperado, lo que al menos en parte pudo deberse al momento de crisis económica mundial que se atravesaba. Lo que sí parece claro, a juzgar por los productos importados, es que el principal beneficiario fue Aluminio Español, que traía por ferrocarril desde Francia su materia prima, la alúmina calcinada, aunque según algunos estudios la línea férrea tampoco dio buenos resultados en este sentido, puesto que los trenes eran poco numerosos y muy lentos, de modo que el camión acabó convirtiéndose en el medio de transporte más usual.³¹

²⁹ Para un desarrollo más detallado del tema véase FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy, *óp. cit.*, pp. 329-337.

³⁰ *Ibidem.*

³¹ LATAS ALEGRE, Óscar, *óp. cit.*, con referencia al estudio de José Manuel Casas Torres *El desarrollo de Sabiñánigo*.

LAS FÁBRICAS

Como afirma el historiador José Antonio Biescas,

pocos casos pueden encontrarse en España de crecimiento económico y demográfico tan espectaculares como el que se inició en Sabiñánigo a partir de 1918, año en el que se instaló en el municipio una empresa industrial de capital extranjero.³²

Energías e Industrias Aragonesas

La actividad industrial en Sabiñánigo nació a partir de una iniciativa de la sociedad anónima Energías e Industrias Aragonesas (EIASA), empresa nacional aunque en su origen de capital francés, creada en 1918 en Barcelona con el fin de construir y explotar en los valles de los ríos Gállego y Ara un conjunto industrial formado por varios saltos de agua y una fábrica de productos electroquímicos, todo ello con un capital de 3 millones de pesetas.

Algunos años antes se había instalado en Barcelona el grupo químico francés conocido como *Compañía Catalana de Productos Químicos de Badalona, S. A.*, especializado en la fabricación de clorato sódico. Estos industriales franceses, que con ocasión de la guerra europea habían montado en Cataluña una cadena de fabricación de productos químicos de interés militar, contactaron con la sociedad zaragozana Aguas de Panticosa, S. A., para tratar de adquirir las concesiones hidráulicas que esta tenía en la zona, a lo que siguió la construcción de una central en Biescas y la de la factoría de Sabiñánigo, de modo que en 1921 ya estaría funcionando la primera batería de electrolisis de cloruro sódico para la fabricación de cloratos.

Al iniciar su actividad, EIASA solicitó al Estado diversas concesiones de aprovechamientos hidroeléctricos y adquirió otras del barón de Areyzaga.³³ El coste y las características de estos ofrecían un interés extraordinario, por lo que la fábrica logró unas condiciones muy ventajosas, al no contar con competidores peligrosos. Con todo esto, en 1920 ya estaban en marcha los trabajos de construcción de la fábrica de Sabi-

³² BIESCAS, José Antonio, "Sabiñánigo, polo industrial", en José Luis ACÍN FANLO (coord.), *Comarca del Alto Gállego*, [Zaragoza], DGA, 2003, pp. 237-249.

³³ Para ver la evolución de la empresa ha sido de gran utilidad el informe proporcionado por la misma, titulado *Resumen de las actividades de Energías e Industrias Aragonesas, S. A., desde su fundación en 1918 al 31 de diciembre de 1941*.

ñánigo y del salto de Biescas, que quedó terminado en 1921, mientras que la fábrica comenzó a producir al año siguiente, concretamente cloratos y ferromanganeso, y pasó de tener 77 trabajadores a contar con 142. Por el momento ninguno de los productos logró resultados satisfactorios; todavía no eran conocidos y no se sabía aprovechar sus posibilidades, por lo que la fabricación de ferromanganeso fue sustituida por la de cloruro de calcio. El mismo 1922 hubo otras novedades interesantes, pues se decidió emprender el montaje de las instalaciones para la obtención de amoniaco sintético y abonos nitrogenados y se adquirieron las patentes necesarias para ello, lo que resultó un gran acierto para la prosperidad de la sociedad.

Durante los primeros años, las innovaciones que la fábrica introdujo requirieron una ampliación de capital que aportara mayores recursos, por lo que ya en 1919 pasaba de 3 a 10 millones, y llegó a los 15 en 1923. Aun así, fue necesario un crédito de 500 000 pesetas del Banco Urquijo de Madrid, que iría aumentando en los años posteriores. De este modo, la relación entre el Banco Urquijo y EIASA estaba llamada a tener una gran envergadura, dadas las grandes posibilidades económicas que ofrecía esta sociedad, para la cual era fundamental un apoyo financiero de dimensiones considerables.

A partir de 1924 se puede decir que la fábrica entraba en su segunda etapa, pues las iniciativas industriales de sus fundadores ya estaban concretadas y en funcionamiento, se había establecido una relación financiera con un banco importante y se iniciaba una segunda fase de actividad dirigida a una mayor explotación de los saltos de agua, a la mejora del rendimiento de la fábrica y a la creación de una organización comercial capaz de asegurar la venta de los productos obtenidos en buenas condiciones.

Fue durante ese mismo año cuando comenzaron las negociaciones con un grupo que estudiaba la instalación en España de una fábrica de aluminio. Un año después, EIASA vendería a Aluminio Español, S. A., los terrenos no utilizados que poseía en Sabiñánigo a fin de que fueran destinados a esa instalación. Un factor clave para que esto se produjera había sido la posibilidad de que la nueva fábrica comprase energía eléctrica a bajo coste a EIASA, aunque el contrato de venta no se formalizó hasta 1926.

Pocos meses más tarde se suscribiría otro contrato con la que iba a ser la tercera fábrica de Sabiñánigo del momento, la Unión Española de Explosivos, referido a la venta de cloratos y a ayudas financieras a EIASA, incluida la suscripción de un paquete de obligaciones y la concesión de un crédito.

A la altura de 1927 la posición de EIASA se reforzó considerablemente: contaba ya con 172 trabajadores. Además, se había terminado el salto del Bajo Caldarés o de El Pueyo y se comenzó a construir el de los Baños de Panticosa. También se reanudó la fabricación de sulfato amónico con ácido sulfúrico obtenido en una instalación propia de cámaras de plomo y se inició el suministro de energía eléctrica a Aluminio Español, S. A., que comenzaba a funcionar con normalidad. Así pues, hasta finales de 1926 la sociedad vivió en régimen de pérdidas, mientras que 1928 fue el primer año de explotación completa, con lo que los beneficios superaron a los gastos y se hizo necesaria una nueva ampliación de capital que sobrepasaría los 21 millones de pesetas.

Durante estos años las fábricas estuvieron recelosas ante la ausencia de aranceles, lo que las dejaba en una situación precaria ante la entrada de mercancía extranjera. Por ello EIASA, junto a la Sociedad Ibérica del Nitrógeno, trató de forzar al Gobierno del general Primo de Rivera a proteger la industria del nitrógeno, a lo cual accedió, buscando con ello asegurar su expansión de forma adecuada a los intereses de la economía española. Los documentos dan constancia en este sentido de grandes muestras de agradecimiento al régimen de Miguel Primo de Rivera, que caería en 1930.

Precisamente esos mismos documentos expresan una posición recelosa ante la proclamación del régimen republicano en abril de 1931, algo normal por otra parte, ya que por primera vez se planteaban a la fábrica problemas de tipo social desde el personal obrero de la empresa. Estos problemas se unieron a la crisis económica mundial, lo que llevó a reducir tanto los beneficios económicos como la plantilla, que pasó de 322 empleados en 1929 a 207 en 1930.

Como veremos más adelante, la conflictividad social alcanzó su máxima expresión en 1932, cuando tuvo lugar una huelga general que acabó derivando en actos de violencia y un gran número de despidos. Como consecuencia de esto, la empresa se reorganizó bajo un mando único: se nombró director general al ingeniero Francisco Bustelo, por lo que dimitió el consejero-delegado, Santiago Innerarity. Aun con todo, los ingresos de la fábrica disminuyeron y se llegó a una situación económica un tanto precaria que obligó a retrasar los pagos pendientes a otras entidades.

Aunque la sociedad trató de solucionar los problemas mediante acuerdos comerciales con otras entidades nacionales y extranjeras, la situación financiera no había mejorado en 1934. Desde la fábrica se exigía una mayor protección por parte del Estado, protección que no llegó pese a las gestiones llevadas a cabo por EIASA en colaboración con la Sociedad Ibérica de Nitrógeno, como había ocurrido durante la etapa primorriverista.

En 1935 la sociedad se recuperaría notablemente gracias a unas negociaciones relativas al Convenio de Duero por las que EIASA tendría el 50% de los aumentos de consumo de energía en Guipúzcoa, Álava y Navarra, lo cual también suponía que los excedentes energéticos de la compañía Salto del Cortijo serían utilizables en Sabiñánigo. De este modo, el año 1936 comenzaba muy bien para la empresa; de hecho, durante el primer trimestre de dicho año los beneficios fueron de 908 822,50 pesetas, mientras que en todo el 1935 habían sido de 1 217 435,06, lo que mostraba una tendencia claramente alcista.

Evidentemente, todo cambiaría tras el golpe de Estado militar de julio de 1936, que supuso el inicio de la Guerra Civil. Las instalaciones de EIASA fueron movilizadas para servir al Ejército, pues quedaban prácticamente en las inmediaciones del frente, y pasaron a ser un importante objetivo militar para los republicanos, ya que en ellas se producían explosivos destinados a la guerra. Con el avance republicano sobre Biescas en septiembre de 1937 la empresa perdió el control de la central de esa localidad, lo que acabó determinando la paralización de toda actividad industrial hasta abril de 1938, cuando el ejército franquista consiguió avanzar hacia el este. De cualquier forma, los daños durante la guerra por destrucción o deterioro ascendieron, según fuentes de la empresa, a algo más de 3 700 000 pesetas, pero más tarde la sociedad sería recompensada debido a la consideración de todo ello como servicio en el frente.

Antes incluso de que finalizara la contienda comenzaron los trabajos para la reparación de los daños de guerra, ya que algunas instalaciones de la fábrica habían quedado destrozadas y la central de Biescas había sido volada en la retirada republicana hacia Cataluña. Al mismo tiempo, la energía del valle de Tena llegaba de nuevo a Sabiñánigo y se ponía en marcha de nuevo la fabricación de amoníaco, ácido sulfúrico y cloratos, no así la de carburo de calcio, que no se reanudó hasta el 10 de julio de 1939. También el resto de las máquinas de las centrales del valle tardarían algún tiempo en ser reparadas, trabajo que concluyó definitivamente en marzo de 1941.

Para afrontar todos estos gastos la fábrica tramitó ante el Servicio Nacional de Regiones Devastadas³⁴ el expediente de daños de guerra. En 1940, el Instituto de Crédito para la Reconstrucción Nacional concedió a EIASA una dotación de 1 375 796,71

³⁴ Sobre esta institución se puede consultar el libro, compilado por Carlos FORCADELL y Alberto SABIO, *Paisajes para después de una guerra (1936-1957): el Aragón devastado y la reconstrucción bajo el franquismo*, Zaragoza, IFC, 2008.

pesetas. Tras ello, la sociedad mostró su gratitud al nuevo régimen con un acto conmemorativo el 18 de julio de 1940 en el que se descubrió una lápida recordatoria dedicada a los “caídos por Dios y por España”, acto al que asistieron las principales autoridades militares y religiosas de la zona. Del mismo modo, se concedieron medallas a los trabajadores en razón de su comportamiento durante la guerra.

En 1939, ya con el nuevo régimen, que en materia económica impuso una implacable autarquía, se elevaron los precios de los productos químicos debido a la protección arancelaria, por lo que los beneficios de la empresa fueron mayores. También desde entonces se logró reducir costes gracias al aniquilamiento del sindicalismo tal y como había sido conocido hasta entonces y la imposición del sindicato vertical controlado desde el Estado. Además se reanudaron los trabajos interrumpidos en 1936, por lo que las líneas de EIASA quedarían conectadas con las del Cinca de Hidroeléctrica Ibérica, así como con Eléctricas Reunidas de Zaragoza a través de una línea de 30 000 voltios de tensión que uniría Sabiñánigo con Anzánigo. Con todo esto, la empresa se encontraba en 1941 en una situación favorable, con unos beneficios de 4 537 062,86 pesetas en el ejercicio de ese año y una plantilla de 320 trabajadores.

Aluminio Español

Como comentaba anteriormente, la llegada de la fábrica de aluminio a Sabiñánigo estuvo estrechamente ligada a la presencia de Aragonesas, ya que entre ambas factorías se estableció un contrato de venta de energía eléctrica a bajo coste, beneficioso para ambas. Aluminio Español, S. A., fue creada el 21 de agosto de 1925 por un grupo de productores de aluminio que anteriormente exportaba su metal a España, donde no existía ningún productor.³⁵ El proyecto fue obra de Valentín Ruiz Senén, mientras que el eje del grupo financiero, con bastante capital extranjero, era la casa Urquijo de Madrid. De este modo, a mediados de los años veinte se había llegado ya a un acuerdo entre Aluminio Español, Aluminium Company of America, la Compagnie de Forges et Camargue (del grupo francés Pechiney) y Energías e Industrias Aragonesas, que vendería la energía eléctrica a bajo coste, con un mínimo de un millón de pesetas al año, y cedería a la nueva fábrica los terrenos que no utilizaba.

³⁵ LATAS ALEGRE, Óscar, *óp. cit.*, p. 83.

Así pues, en diciembre de 1926 la sociedad Aluminio Español, S. A., formalizó la escritura de adquisición de los terrenos iniciales (74 259 metros cuadrados), habiendo suscrito previamente con EIASA el contrato por el que se garantizaba el suministro de energía eléctrica. La elección del emplazamiento en el Pirineo aragonés se debió, sobre todo, al interés en aprovechar la energía hidráulica existente en la zona, ya que para continuar con el desarrollo de las centrales era necesario un proceso industrial de gran consumo local y continuado, y en aquella época no existían redes internacionales de conexión eléctrica. De este modo, fueron varias las razones que favorecían la llegada de una nueva factoría: como escribía uno de los principales ingenieros franceses, veterano del ejército francés en la I Guerra Mundial y futuro subdirector de la fábrica, Henri de Boulogne, una de las claves para la presencia de la fábrica fue la presencia de vías de comunicación, concretamente la fácil conexión con Francia para importar la alúmina calcinada, así como la existencia de capitales extranjeros y, por supuesto, el complejo hidroeléctrico del Alto Gállego. El primer director de la fábrica, Celedonio J. Pueyo Luesma, escribía optimista reconociendo que nada se podría haber hecho sin apoyos de fuera en ese sentido.

La obtención de aluminio comenzó el 14 de noviembre de 1927, día en que se obtuvo la primera gota de ese metal. De cualquier forma, la producción durante ese año fue algo meramente testimonial; apenas se alcanzaron 70 toneladas, y el número de trabajadores no pasaba de 50.

Fue a partir de 1928 cuando se comenzó a producir aluminio mediante electrolisis de forma continuada y en aumento hasta que la producción se estabilizó en aproximadamente 1200 toneladas anuales hasta el inicio de la Guerra Civil. Con el número de trabajadores en plantilla ocurrió lo propio, pues a lo largo de la década quedó estabilizado en torno a 115.

Respecto al proceso de producción, en los primeros años se basaba en la utilización de 60 cubas cilíndricas de patente Söderberg, que era el sistema más evolucionado del momento. En la misma nave de las cubas de electrolisis, que funcionaban a razón de 6 voltios por cuba, había un sector destinado a servir de *chantier* de colada, con un horno horizontal semirrotativo para aluminio y aleaciones, carro de lingotaje, moldes para placas, etcétera.

La producción anual programada era de unas 1300 toneladas al año, aunque esta cifra no se superaría hasta los años cincuenta. En cualquier caso, el rendimiento real era muy superior a la capacidad de absorción del mercado español, hasta el punto de

que la empresa se vio obligada a subvencionar pequeñas fundiciones para forzar la introducción y el consumo del aluminio. Por esta misma razón se gestionaron exportaciones del metal a otros países, entre ellos Japón, lo que llevó a establecer relaciones habituales con la ciudad industrial de Osaka.

Dado que hasta 1944 Aluminio Español tuvo el monopolio estatal en la fabricación del metal, recibió el apoyo de numerosas entidades nacionales interesadas en la introducción del aluminio, como la Hispano-Suiza, instalada en Barcelona, consumidora de metal ligero para sus motores de aviación. También se establecieron relaciones con la Sociedad Comercial de Cobre y Metales de Barcelona y la Sociedad de Construcciones Electromecánicas de Córdoba para la fabricación de cables de hilo de aluminio para conducciones eléctricas de alta tensión.

En 1935 los accionistas pudieron repartirse dividendos por primera vez, tras algunas pérdidas sufridas en los años precedentes. Sin embargo, en 1936, debido al inicio de la guerra, se produjeron dificultades en el suministro de energía, alúmina y otras materias primas, lo que dio lugar incluso a paros en la fábrica. Durante los años republicanos la conflictividad laboral en Aluminio fue menor que en Energías: tan solo se registraron algunos incidentes relacionados con el excesivo calor que emanaban los hornos, problema que se solucionó con la contratación de un empleado para subir cántaros de agua con un burro desde la fuente de los Solteros. También durante los primeros años hubo un buen número de leves accidentes causados por la escasa experiencia laboral en la fábrica de muchos de los obreros.

En 1940, una vez finalizada la guerra, la sociedad llegó a un acuerdo con la Casa de la Moneda para la fabricación de las primeras 600 toneladas de aleación especial destinada a las moneadas de 5 y 10 céntimos. Curiosamente, la parte proporcional de cobre para esta aleación se obtuvo fundiendo millones de monedas de peseta de bronce-aluminio sin valor adquisitivo, facilitadas por la propia Casa de la Moneda y bajo el control de los funcionarios de la misma. Este contrato favoreció una época de prosperidad para la empresa, aunque el auge máximo de esta todavía tardaría algunos años en llegar.

Compañía Ibérica de Explosivos

Otra fábrica que se instaló en Sabiñánigo como filial de EIASA fue Explosivos, S. A., que más tarde, al ser absorbida por la Unión Nacional de Explosivos, pasaría a

llamarse *Compañía Ibérica de Explosivos*. Esta factoría fue creada en 1924 para dar salida a los cloratos procedentes de Aragonesas, con los cuales se fabricaba dinamita que se transformaba en cartuchos y posteriormente se vendía a las fábricas de bombas, aunque también se le daba salida para las obras de construcción de la localidad y los alrededores, como fue el caso de la perforación del túnel de Sabiñánigo Pueblo o de otras obras públicas como la traída de aguas.

La fábrica se dividía en tres partes: la casa del director, las naves donde se realizaba el proceso de relleno de los cartuchos, situadas en los campos debajo de los llanos de Aurín, y los polvorines donde se almacenaban los explosivos, emplazados a la entrada del Puente Sardas. La plantilla estaba compuesta por los directivos y una mayoría femenina que se encargaba de rellenar el *cheedite* o explosivo clorutado, y la completaban una docena de hombres que se encargaban de transportar los materiales más pesados desde EIASA.³⁶

Cuando estalló la guerra, dado su carácter armamentístico y la proximidad del frente, la fábrica, con la mayor parte del personal incluido, fue trasladada a la localidad zaragozana de Calatorao, donde fue militarizada. Aunque en esta zona la guerra acabó a mediados de 1938, la fábrica ya no volvió a Sabiñánigo.

CONSECUENCIAS DEMOGRÁFICAS

El éxodo rural

La consecuencia demográfica inmediata de todo este proceso es fácil de deducir. Naturalmente, se trata de la progresiva despoblación del mundo rural y el consecuente crecimiento de Sabiñánigo sobre su entorno. Sin embargo, hay dos procesos demográficos que deben analizarse por separado: por un lado están las consecuencias de la implantación industrial en la zona, un proceso que se desarrolló durante todo el tramo central del siglo XX y cuya consecuencia más visible es el movimiento de población rural hacia Sabiñánigo para trabajar en las industrias; por otro, sabemos que llegó mucha gente de fuera para trabajar en las fábricas, pero hasta los años cuarenta esa población no resulta demasiado significativa para el peso total de la comarca. No obstante, aunque el peso demográfico sea escaso para el total de la zona, la población

³⁶ Ibidem, pp. 81-83.

inmigrante adquiere unos porcentajes mucho mayores para Sabiñánigo, donde, según las cifras de Óscar Latas, en 1930 algo más de un 30% procedía del resto de la provincia de Huesca, sin contar el espacio del Alto Gállego, que junto a la población intracomarcal constituía el sector mayoritario. Cifras mucho más bajas (cerca de un 10% cada una) ocupan las procedencias del resto de Aragón, el resto de España y el extranjero. Dentro de este último grupo habría que destacar Francia, de donde había 12 habitantes censados en Sabiñánigo en 1930.

Así pues, el efecto demográfico más destacable de todo esto fue que las fábricas consiguieron evitar un éxodo rural masivo hacia otras zonas industriales de España o del extranjero, algo que parece bastante claro si comparamos esta zona con muchas otras de la provincia que quedaron bastante más despobladas, como es el caso de Sobrarbe. El segundo factor clave para la evolución de la población fue la Guerra Civil, ya que muerte y exilio supusieron un drástico bajón poblacional tanto en este territorio como en cualquier otro de España, aunque en esta zona la recuperación demográfica tras la guerra hubiera sido más complicada sin un elemento como las fábricas, capaz de retener a la población autóctona y, a su vez, atraer gente del exterior.

Durante el primer tercio del siglo xx la población total de la comarca se mantuvo bastante estable (sin tener en cuenta los movimientos intracomarcales). En 1900 todo el territorio del Alto Gállego tenía 13 500 habitantes, y en 1910 llegó a su máximo con 13 813, cifra todavía no superada hasta nuestros días. En torno a 1930 se estabilizó en 13 650, y como consecuencia fundamental de la guerra se quedaría en 12 589. Tras este brusco descenso, las cifras anteriores no se recuperarían hasta los años sesenta. Así pues, la principal complejidad reside en examinar los movimientos migratorios desde el mundo rural hacia Sabiñánigo, para lo cual vamos a ver lo que ocurre en las diferentes partes de la comarca.

El valle de Tena es la zona que más estable mantiene su población en la primera mitad del siglo xx, o al menos su descenso es menos drástico que en otras zonas. Entre 1900 y 1930 pasa de 2843 habitantes censados en el valle a 2804, por lo que la pérdida es muy leve. Sin embargo, de 1930 a 1940 la cifra baja a 2540 habitantes de derecho y 2217 de hecho. El descenso de la población censada se puede achacar a la cantidad de habitantes del valle que murieron en la guerra, sobre todo en los primeros intentos de recuperar Gavín por parte del ejército de Franco, mientras que la población de hecho disminuiría debido a las muchas personas que, debido a las circunstancias de

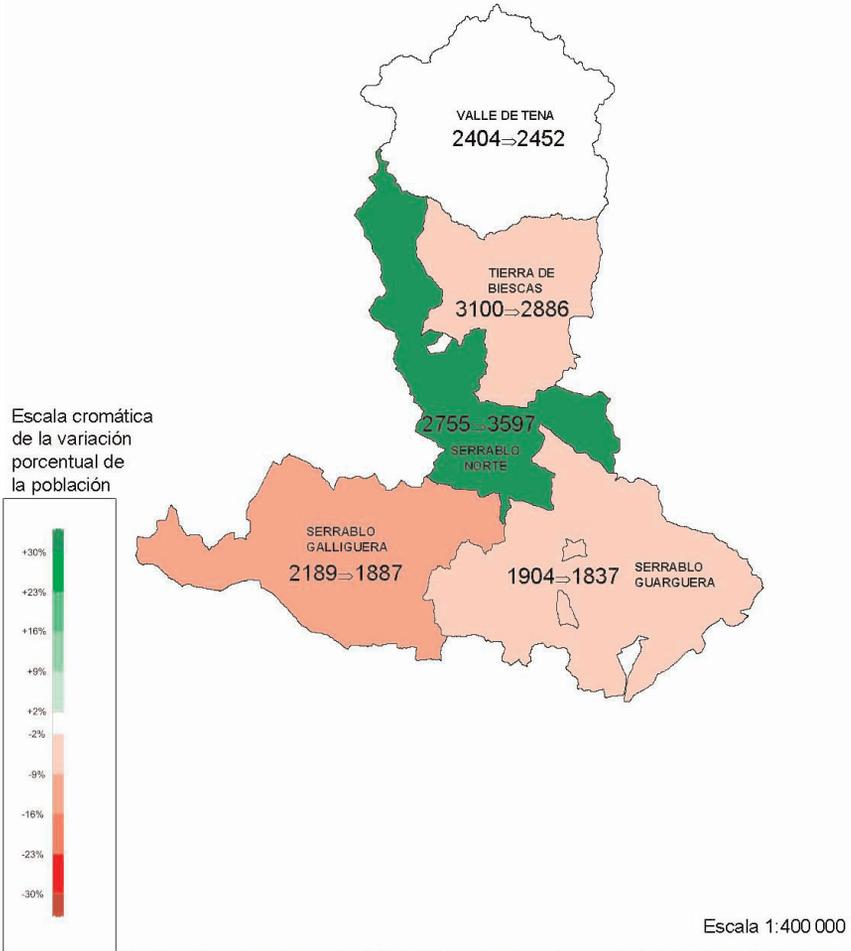
la guerra, se vieron obligadas a permanecer en Francia durante algún tiempo, por lo que, aun estando censadas, en 1940 todavía no estaban presentes.

La guerra golpeó más duramente el entorno de Biescas, no solo por las muertes ocasionadas, sino también por el flujo que supuso la retirada republicana en marzo de 1938. Aunque el saldo migratorio entre 1900 y 1930 ya es negativo (el territorio pasa de 3481 habitantes de derecho a 3302), tras el final de la guerra la cifra se quedó en 2739 de derecho y 2254 de hecho, por los mismos motivos que en el caso anterior. Especialmente dramáticos en este sentido resultan los datos del Gavín destruido de 1940, donde, pese a contar con 250 habitantes censados, solo se encontraban presentes 22.

En Sabiñánigo y sus alrededores se aprecia una tendencia claramente alcista en los primeros treinta años de siglo: pasa de 2991 habitantes censados en 1900 a 3836 en 1930, aunque todo el aumento se centra en el municipio de Sabiñánigo, por lo que claramente se trata del efecto de las fábricas como fuerza de atracción de población. El número de habitantes del resto de municipios en estos años descendió, con algunas excepciones, como Cartirana o los pueblos más próximos a Sabiñánigo, ya que el problema de la vivienda obligó a muchos trabajadores de la industria a buscar residencia en localidades cercanas. También hay casos de despoblación casi extremos, como el de Acumuer, que pasa de 605 habitantes en 1900 a 399 en 1930. El efecto de la industria es tal que se trata de la única zona que tras el final de la guerra tiene un saldo migratorio positivo respecto al inicio de la década. Evidentemente, el incremento se sitúa en Sabiñánigo, que de 264 habitantes en 1900 pasa a tener 1345 en 1930 y en 1940 llega a 1800 habitantes censados de los 4064 del total de la zona que hemos delimitado como Serrablo norte.

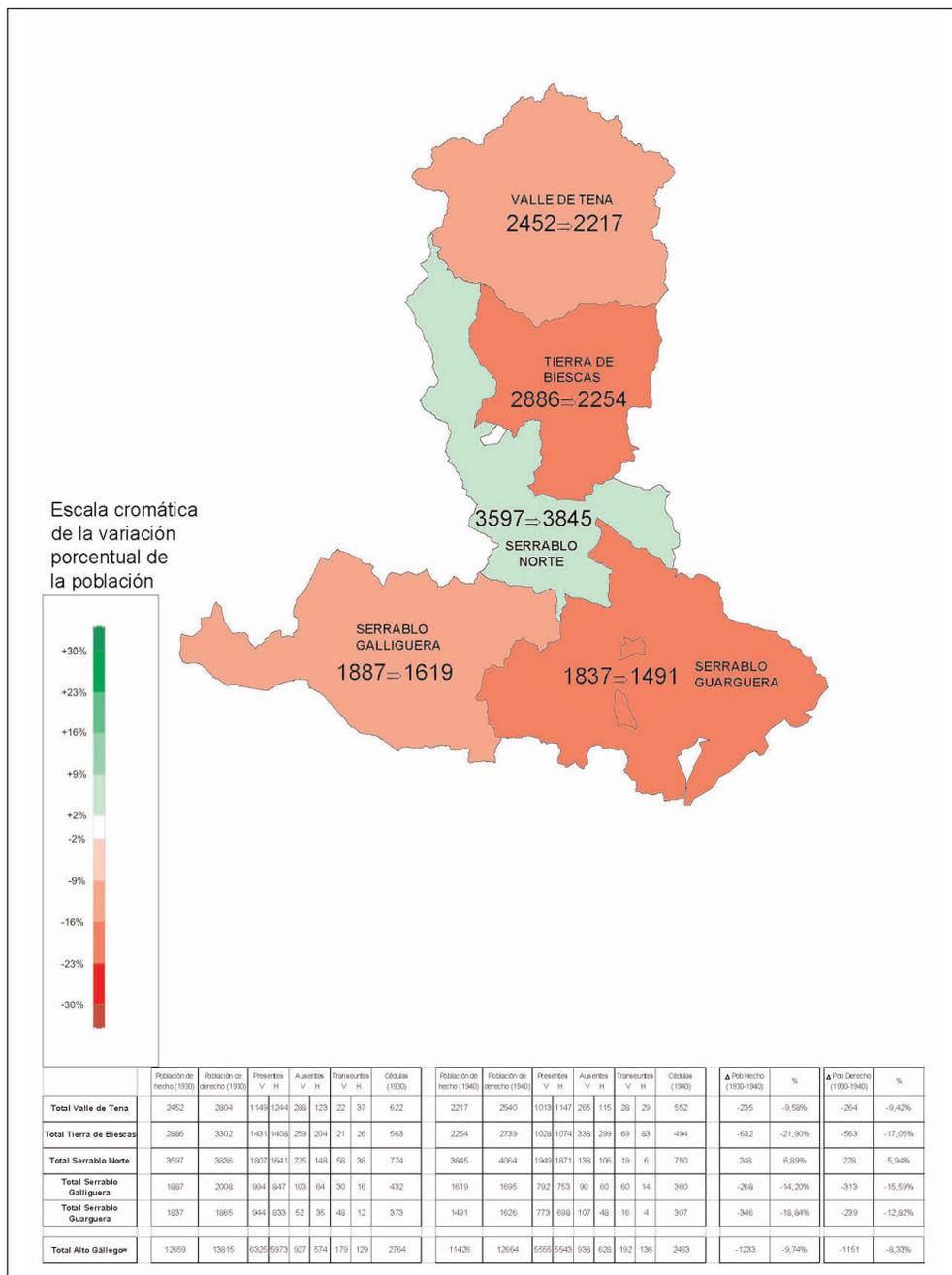
La zona que sufrió una despoblación mayor en estos años fue la situada al sur de Sabiñánigo junto a la orilla del río Gállego. Una clara muestra de ello es la evolución del municipio más poblado, Javierrelatre, que de los 444 habitantes de hecho que tenía a principios de siglo se queda con 294 en 1940, sin que el momento de despoblación más agudo esté en la Guerra Civil, pues en 1930 ya solo tenía 325. La zona en total pasa de 2260 en 1900 a 1695 en 1940, pero en el conjunto del territorio la caída más destacable sí que se sitúa en la década de 1930, en la que pierde 313 habitantes, más del 15% de la población, en tan solo diez años.

Por último, la Guarguera también muestra una evolución demográfica descendente que se mantiene prácticamente durante todo el periodo, pero que, como en la mayoría de los casos, se acentúa como consecuencia de la Guerra Civil, con una caída del 12,82%



	Población de hecho (1900)						Población de derecho (1900)						a Pob Hecho (1900-1930)		a Pob Derecho (1900-1930)							
	Total	U	M	F	H	E	Total	U	M	F	H	E	Δ	%	Δ	%						
Total Valle de Tena	2404	2843	1002	1283	404	94	33	28	658	2452	2804	1140	1244	288	123	22	37	822	48	2,00%	-30	-1,37%
Total Tierra de Biescas	3100	3491	1400	1514	521	190	40	41	900	2886	3302	1431	1438	359	204	21	28	963	-214	-6,90%	-179	-5,14%
Total Serrablo Norte	2755	2991	1289	1296	296	124	110	74	768	3597	3836	1607	1641	226	148	68	38	774	842	30,56%	845	28,29%
Total Serrablo Galliguera	2189	2200	1072	900	118	62	74	53	541	1887	2006	904	847	103	64	30	16	452	-302	-13,80%	-252	-11,16%
Total Serrablo Guarguera	1904	2022	890	860	145	57	00	24	428	1837	1895	844	833	52	35	48	12	373	-67	-3,52%	-157	-7,70%
Total Alto Gállego	12362	13567	5976	6932	1282	507	338	219	3311	12650	13915	6325	6673	827	574	170	138	2794	307	2,49%	218	1,80%

Evolución porcentual de la población de hecho. Alto Gállego, 1900-1930.



Evolución porcentual de la población de hecho. Alto Gállego, 1930-1940.

en población de derecho y del 18,84% en población de hecho, o, lo que es lo mismo, de 1865 habitantes censados en 1930 pasa a tener 1626 en 1940, tras haber contado con 2022 a principios de siglo. En cualquier caso, la caída real sería mayor todavía, puesto que el descenso de la población de hecho es más drástico, lo que se puede achacar a cualquiera de los dos procesos, es decir, o bien se trata de gente que ha salido forzosamente por causa de la guerra o, por el contrario, de gente que en busca de otro tipo de trabajo ha emigrado y ya no volverá, lo que se mantendrá constante a lo largo del siglo hasta llegar a constituir uno de los territorios con menor densidad de población de todo Aragón.

La configuración urbana de Sabiñánigo

A partir de la instalación de la estación de ferrocarril comenzó a gestarse el núcleo urbano de Sabiñánigo de forma desordenada y caótica, ya que las zonas más llanas y ventiladas habían sido ocupadas por las fábricas y los edificios se iban estableciendo de forma espontánea. Mariano Constante, recordando su estancia en Sabiñánigo en aquella época, hace referencia a este ambiente:

Por todas partes se veían andamios sobre obras empezadas [...]. “El Barrio” daba la impresión de un gigantesco hormiguero en plena actividad: camiones, carros, volquetes, vagonetas, mulos y borricos circulaban de un lado para otro transportando materiales.³⁷

Así pues, el mayor desarrollo urbano de Sabiñánigo se vinculó en primer lugar a un terreno de fuertes pendientes en unos momentos de gran ritmo constructivo sin ningún plan previo que adaptara con racionalidad las edificaciones a las posibilidades que brindaba el estrecho valle.

Antes de 1910 ya se habían edificado varias casas alineadas con la carretera, con lo que se iría formando el paseo de la Estación, con árboles plantados en las orillas del camino. De este modo comenzaba a generarse el grave problema urbanístico de Sabiñánigo,³⁸ condicionado por la propia geografía, puesto que las divisorias de aguas y los montes dibujan el contorno natural en el que forzosamente se iba a construir.

³⁷ CONSTANTE, Mariano, “El Serrablo y yo... (recuerdos de la infancia)”, *Serrablo*, 80 (junio de 1991), pp. 8-9.

³⁸ Para la planificación urbanística de la localidad hay que destacar que el pueblo viejo de Sabiñánigo perdió la titularidad del Ayuntamiento en 1916, año en que fue trasladado físicamente al “barrio de la Estación”, es decir, al Sabiñánigo actual.

Los Capitiellos por un lado y los desniveles de la Pardina de los Arregueses encajonaban el primitivo paseo. Aparte de esto, el barranco de la Tulivana ponía un impedimento más a la planificación urbana.³⁹

Una vez emplazadas las fábricas en su ubicación actual, había que construir una vía de comunicación desde las carreteras de salida al valle de Tena hasta ellas, lo que acabaría haciendo necesario el puente sobre el río Gállego. Esta arteria secundaria sería el germen de la actual avenida de Huesca y crearía un punto de intersección entre el camino de las fábricas y el paseo de la Estación, lo que provocó la ubicación en este punto de una plaza que se acabaría convirtiendo en centro neurálgico del pueblo, más todavía tras la construcción en ese punto de la iglesia de Cristo Rey en 1929.⁴⁰

También en 1929 se estableció la segunda vía de ordenación urbana, paralela al paseo de la Estación y proyectada por el arquitecto municipal Bruno Farina, hoy en día denominada *calle de Coli Escalona*, aunque hasta la Guerra Civil fue conocida como *calle Nueva*.⁴¹ Durante toda la década de 1930 uno de los problemas que se aprecia de manera constante en las actas municipales es el de las obras públicas, especialmente las vinculadas a la traída de aguas, finalmente solventado en 1935, cuando el alcantarillado estuvo construido y la red de aguas establecida, además de haberse habilitado un matadero municipal y un grupo escolar.

El otro problema urbanístico fundamental de la época fue el de la vivienda, ya que el crecimiento demográfico fue tal que era muy difícil disponer de una residencia, y muchos tuvieron que procurarse un hogar en pueblos cercanos como Sabiñánigo Pueblo, Aurín o Cartirana. Al mismo tiempo, respondiendo al ambiente anteriormente citado que recordaba Mariano Constante, comenzaron a desarrollarse un gran número de obras, tanto para viviendas particulares como para arrendamientos. El ambiente era tal que en los plenos municipales consta una queja del secretario del Ayuntamiento por el alto precio del alquiler que tenía que pagar debido a la carencia de viviendas, por lo que pedía un aumento de sueldo para poder afrontarlo.

³⁹ BUESA CONDE, Domingo, "Notas al desarrollo histórico del urbanismo de Sabiñánigo", *Argensola*, 91 (1981), pp. 91-102; la cita, en p. 92.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 93.

⁴¹ Sobre la evolución de las calles de Sabiñánigo puede consultarse SUBÍAS PÉREZ, Begoña, *Las calles de Sabiñánigo*, Huesca, Museo Ángel Orensanz y Artes del Serrablo / Ayuntamiento de Sabiñánigo / IEA ("A Lazena de Yaya", 21), 2009.

Ante esto, el Ayuntamiento y el consejero para estos menesteres, Bruno Farina, trataron de buscar soluciones: por un lado, en 1927 se elaboraron los planos de urbanización del terreno municipal; por otro, se sacaron terrenos a pública subasta tratando de fomentar la edificación, principalmente en el conocido como *Cruciellas*, paralelo al paseo de la Estación. Lo único que se exigía al respecto era que los terrenos se destinaran a la construcción de viviendas, que las obras comenzaran en un plazo máximo de seis meses y que en dieciocho meses más se hubieran finalizado, bajo multa para quien no cumpliera estas normas. El dinero recaudado en las subastas fue utilizado para concluir las obras de alcantarillado, saneamiento y alumbrado de las calles, con lo que la localidad comenzaba a tener cierto aspecto urbano. Además de estas, hacia 1936 surgieron otras iniciativas que partieron de la Cooperativa de Casas Baratas Pablo Iglesias y del director de EIASA, pero la situación política del momento hizo imposible que se pudieran llevar a cabo.⁴²

Un poco más al sur, la zona del Puente Sardas, más llana y con más posibilidades de extensión, comenzó a ser explotada con ese fin desde que se sustituyó el puente por el que se accedía, en torno a principios de los años treinta, con lo que desapareció definitivamente la sociedad que controlaba el uso de este, la cual cobraba 10 céntimos de peseta cada vez que se cruzaba. La expansión de este nuevo barrio llegaría a partir de 1943, cuando se instaló en él el cuartel militar del Regimiento de Montaña número 9, más conocido como *Gravelinas*. Desde entonces el crecimiento sería todavía mayor debido a diversas iniciativas de construcción de viviendas, la mayoría procedentes de la fábrica de aluminio.

El problema de la vivienda tuvo además otros efectos demográficos, pues durante los años de mayor afluencia de inmigrantes a Sabiñánigo el número de solteros se mantuvo muy alto, ya que la falta de alojamiento suponía un grave obstáculo para el matrimonio. Según una encuesta realizada por Max Daumas⁴³ al personal de la empresa EIASA, aproximadamente el 80% de los solteros estaban esperando a que se solucionara este problema para casarse, puesto que entonces la mayoría de ellos vivían en residencias provisionales.

⁴² SUBÍAS PÉREZ, Begoña, óp. cit., pp. 31-34.

⁴³ DAUMAS, Max, "Les conséquences démographiques d'une implantation industrielle en montagne: la population de Sabiñánigo", *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest*, 33 (1962); cit. en SUBÍAS PÉREZ, Begoña, óp. cit., p. 33.

Así pues, Sabiñánigo comenzó a crecer de forma rápida y desordenada con la construcción de cientos de edificios en pocos años, lo que también supuso la aparición de un pujante sector servicios con pequeños negocios de todo tipo, como fondas, farmacias, bares y tiendas, en primer lugar destinados a los turistas que iban camino del balneario de Panticosa, pero, conforme la localidad fue creciendo, también para dar servicio a los nuevos habitantes. Con esto, a la altura de 1920 había ya varios estancos, panadería, zapatería, ferretería, tiendas de tejidos, ultramarinos, carnicería, cuatro bodegones y otras tiendas de comestibles al por menor, a lo que se sumaba la presencia de vendedores ambulantes. Además de este tipo de negocios, consta la existencia de pequeñas empresas como las carpinterías de Manuel Periel y Francisco Sánchez, la herrería de Melchor Sánchez y una fábrica de gaseosas que desde 1923 se dedicaba a vender su producto entre los bares de Sabiñánigo y la comarca.⁴⁴ Una muestra de este crecimiento de la localidad sobre los alrededores es la presencia de médico y boticario en Sabiñánigo, servicio que dependía de distritos comarcales y hasta estos años estaba centralizado en Yebra de Basa. Consecuencia de ello fue la instalación de los hermanos Coli Escalona en la población en los años diez para copar ambas dedicaciones. A partir de entonces se desplazaban desde Sabiñánigo hasta los distintos núcleos rurales del distrito para ejercer su profesión. Lo mismo ocurrió con el partido veterinario, creado en 1930 con la misma capitalidad.

En este contexto, los pequeños negocios proliferaron al mismo ritmo al que crecía la población, con lo que Sabiñánigo se veía surtida de todos los bienes de primera necesidad, incluida la información y el contacto con el mundo, puesto que en 1926 se estableció en el paseo de la Estación la Librería Gil, que vendía los periódicos de diferentes tendencias políticas más destacados de España y Aragón. De esta forma, aumentaron notablemente los centros de ocio y diversión, pero estos tenían un significado más profundo que el del simple entretenimiento. En los años veinte se había fundado el Centro Instructivo o Casino, centro cultural local al que acudían los directivos de las fábricas y las gentes más acomodadas. Por otro lado, en 1932 se creó La Mascota, frecuentada por trabajadores rasos. Esto posibilitaba la percepción de las clases sociales por el simple hecho de acudir a un lado u otro. Muestra de ello es el hecho de que, durante todo el periodo republicano, La Mascota fue la principal sede sindical de la localidad, mientras que el Centro Instructivo albergaba a la Federación de Clases Medias.

⁴⁴ LATAS ALEGRE, Óscar, *óp. cit.*, pp. 93-100.

Por último, hay que señalar la importancia de los transportes, especialmente las líneas locales, ya que permitían un mayor contacto entre los diferentes núcleos. Precisamente uno de los factores que influyó decisivamente para la instalación de la estación de ferrocarril en Sabiñánigo fue la comunicación con el balneario de Panticosa, a donde acudían numerosos turistas de clase alta, por lo que la línea tendría una importancia capital. Por otro lado, el negociante de Sallent Miguel Bergua Urieta estableció la línea hasta Sabiñánigo, enfocada a viajeros de a pie. Hacia los años veinte otras gentes de negocios comenzaron a adquirir diferentes vehículos para transportes. Entre estas destaca Domingo Buesa, cuya familia ya se había dedicado a ello anteriormente mediante un gran número de mulos con los que transportaban materiales desde Huesca, de modo que el oficio familiar se mantendría, pero adaptado a los cambios tecnológicos de los nuevos tiempos, por lo que las mulas fueron sustituidas por camiones. La presencia de automóviles comenzó a generalizarse progresivamente con la compra de estos por diferentes comerciantes. Muestra de ello es la presencia de dos gasolineras en la localidad a comienzos de los años treinta.

CONCLUSIONES

A mediados del ochocientos, y como consecuencia de los procesos desamortizadores, la mayor parte de los habitantes de esta zona pirenaica se convirtieron en pequeños propietarios, aunque algunos ya lo eran y consolidaron su posición, pues el modelo minifundista ahonda sus raíces en el Antiguo Régimen. Sin embargo, este modelo de “economía campesina” era incompatible con el asentamiento de unas estrategias productivas orientadas al mercado y con la consolidación del capitalismo, ya que, debido al bajo nivel de renta, la mayoría de ellos no pudo invertir en medios para incrementar la productividad, pues ello suponía un riesgo inmediato de quiebra de la unidad de explotación familiar. En este sentido, tanto el origen del modelo de campesinos “pequeño-propietarios” como su quiebra son efectos causados por la economía capitalista. En primer lugar responden a la liberalización de la propiedad agraria de las posesiones amortizadas de “manos muertas” para que pasaran a ser libres y circulantes; al ser vendida en subastas por pequeñas parcelas muchos campesinos lograron acceder a ella. Debido a la intensificación del proceso de desarrollo capitalista en las siguientes décadas —donde se inserta también la crisis agraria finisecular—, este modelo de economía campesina no pudo producir de manera competitiva en este nuevo marco, y mucho menos al levantarse las barreras arancelarias y entrar en el país pro-

ductos agrícolas a precios imposibles de superar sin llevar a cabo una importante modernización tecnológica y contar con terrenos más propicios para ello. Así pues, se trata de un modelo de pequeña propiedad campesina que inicialmente se reforzó gracias a las primeras transformaciones relacionadas por el capitalismo, pero conforme evolucionara ese mismo sistema estarían condenadas a desaparecer, pues su propia naturaleza les impediría adaptarse a las exigencias del mercado.

Todo ello produjo el empobrecimiento de dichas comunidades y dio lugar a la salida más habitual en estos casos: la emigración. La instalación de un complejo industrial en Sabiñánigo a partir de 1918 aceleró en buena medida la quiebra del modelo rural de su entorno. Muchos campesinos comenzaron a emigrar a dicha localidad y dejaron el campo para trabajar en la industria, de modo que perdieron los medios de producción para pasar a ser obreros asalariados. Evidentemente, el modelo de campesinos “pequeño-propietarios” habría quebrado igualmente aunque no hubiera tenido lugar la instalación de las fábricas en Sabiñánigo, pero muy probablemente el proceso se hubiera dilatado algo más en el tiempo, del mismo modo que sucedió en zonas vecinas como Sobrarbe. En todo caso, no cabe duda de que un claro efecto de ello fue, y continua siendo, la permanencia de la población en la zona que hoy conocemos como *Alto Gállego*, que en 1930 tenía casi el mismo número de habitantes que hoy en día, aunque, eso sí, distribuidos de forma muy diferente.

Por otra parte, este proceso de “proletarización del campesinado” tuvo unos claros efectos en cuanto a los comportamientos políticos de dichos sujetos, lo que se puede observar tanto en la conflictividad social como en los procesos electorales.⁴⁵ En ambos casos el marco de análisis se circunscribe a los años de la II República, pues el régimen proclamado en 1931 creó un caldo de cultivo propicio para el florecimiento de los movimientos sociales que se habían desarrollado con fuerza en España en las décadas anteriores. En Sabiñánigo, la existencia de un sindicalismo fuerte, con capacidad de presión sobre las empresas y el poder político, se limita precisamente a los años del régimen republicano, pues la sociedad obrera se creó apenas dos meses después de la proclamación del mismo y desapareció tras el golpe de Estado que desembocó en la Guerra Civil y acabó con ese sistema. Los patronos, grandes propietarios y gentes de orden vieron en el golpe contra la República la solución perfecta a la amenaza

⁴⁵ El seguimiento detallado de ambos fenómenos puede verse en el trabajo completo, *Sabiñánigo y el Alto Gállego en la década de 1930*, depositado en el IEA en septiembre de 2009.

que, contra su posición privilegiada y la permanencia del orden social tradicional, había supuesto el movimiento obrero.

El cambio de percepciones políticas que suponía pasar de campesino autosuficiente a obrero asalariado queda claro si atendemos a las diferencias de resultados electorales entre Sabiñánigo y su entorno rural, especialmente si tenemos en cuenta que muchos de los electores de la localidad industrial poco tiempo antes residían en pequeños núcleos rurales. En la mayoría de los casos se muestra una acusada tendencia hacia la derecha, lo que supondría un campesinado mucho más reticente a los cambios sociales, si bien es cierto que las grandes diferencias sociales posibilitaban en mayor medida la existencia de redes clientelares que determinarían la orientación del voto. De cualquier modo, aunque existen excepciones y casos que deben ser matizados, este perfil vota en sentido más conservador. Una excepción sería Biescas, con un comportamiento electoral de claro predominio de la izquierda, pero este hecho responde a un perfil social diferente, dada la mayoritaria dedicación a profesiones artesanales, cuya proclividad política ha estado históricamente vinculada a la izquierda. Sea como fuere, lo cierto es que en Sabiñánigo se da una clara orientación del voto hacia la izquierda, salvo en los momentos en los que hay una fuerte abstención, lo que confirma la premisa de la orientación del voto que se le presupone a un perfil socio-profesional como ese.

En definitiva, podemos observar un fenómeno de conversión de campesinos a obreros que se extiende desde principios del siglo XX hasta los años sesenta y setenta, como consecuencia de la introducción de la economía de mercado en el mundo rural, lo que acabará suponiendo la desaparición definitiva de los modos de vida campesinos. La llegada de la República, aunque no supuso una ruptura radical, ya que muchos alcaldes y concejales anteriores a 1931 continuaron en sus puestos, sí que favoreció la creación de formas de organización social desconocidas hasta entonces en zonas rurales y aisladas como la aquí analizada. En solo cinco años, el sindicato obrero de Sabiñánigo pasó de constituir una entidad minoritaria a tener las riendas del poder municipal, lo que es una muestra de la gran aceleración del cambio histórico, contra el cual reaccionaron aquellos que veían que los instrumentos de poder que siempre habían controlado se les escapaban de las manos.